

La calle para el jueves 14 de febrero de 2008
Diario de un espectador
Expiación
por miguel ángel granados chapa

En los extremos de esta sacudidora película de Joe Wright aparece Brionny Talls, en etapas remotas de su vida, cuando tenía 13 años y aspiraba a ser escritora, y a los 81, cuando ha cumplido sobradamente su anhelo, Los tres, cuatro, cinco minutos que dura la secuela final, con la poderosa presencia de Vanesa Redgrave confesándose en público, ante la televisión, no sólo son bastantes para dar sentido al título de la cinta sino para imprimirle su profunda trascendencia.

Wright tomó la novela de Ian McEwon y la transformó en una obra de arte cinematográfico, donde brillan lo mismo las esencias de la pureza bucólica que las de la violencia guerrera, igual las de más tierna o apasionada intimidad que los grandes frescos en que discurren multitudes. Es una película de costumbres, de drama social, de miserias humanas, de violencia y de amor. En el centro de ella, viniendo de la orilla, aparece Brionny, deseosa, necesitada de un lugar en la vida y en el corazón de los que ella quiere, incluido Robbie Turner, un apuesto muchacho que guarda una situación equívoca ante la familia Talls, pues recibe trato de igual, de amigo, no obstante que es hijo del ama de llaves a quien el patrón paga una beca para que concluya el bachillerato.

Los Talls viven en una colosal mansión campestre, un verdadero castillo enmaderado en donde es fácil perderse y esconderse, rodeado de vastos jardines y bosquecillos. La familia está compuesta por un padre ausente, una madre a menudo encerrada en sus habitaciones a causa de su migraña, Cecilia, la hermana mayor de Brionny, hermosa muchacha que esconde su fuego tras una belleza candorosa; León, que vive en Londres y vuelve a la residencia familiar para una cena de gala a la que ha convidado a un amigo londinense, dueño de una gran fortuna pues se dedica a la fabricación de chocolates. Posee también una buena fama pública pues ha ofrecido que de estallar la inminente guerra contra Hitler, cada soldado británico llevará en su mochila una barra de su delicioso producto.

Brionny ha escrito una pieza de teatro que anhela ver representada por Lola y sus hermanos gemelos, parientes distantes que pasan en la mansión solariega los difíciles días del divorcio de sus padres. Mientras llega la hora de la cena, desde su ventana la futura escritora ve a Robbie, de espaldas ante una fuente de la que brota, casi desnuda porque el agua le untó la tenue ropa al estilizado cuerpo, su hermana mayor. Brionny ignora el contexto de ese chapuzón y le parece que Ceci ha querido deliberadamente mostrar su desnudez al chico del que ambas, sin decirlo, están secretamente enamoradas.

Robbie escribe una carta a Ceci. Se divierte con varios borradores que no permitiría que leyera la destinataria hasta que da con el tono de formalidad deseado y esa misiva es enviada a Ceci por conducto de Brionny. Pero es la carta equivocada. En vez de presentar sus excusas por el modo en que reaccionó al verla salir chorreante de la fuente, el muchacho metió en un sobre un mensaje sicalíptico en que se solaza de haber visto el sugerente coño de la joven. Aunque sabe que su hermana menor leyó la carta, Cecilia la disfruta, pues le sirve de llave para entregarse a Robbie, lo que ocurre en la biblioteca, apresuradamente, de pie...y ante los ojos desorbitados de la pequeña escritora que momento a momento se colma de despecho rencoroso, turbio sentimiento agregado a la contrariedad de no poder representar la obra pues los gemelos invitados han huido, según se descubre cuando con solemnidad se inicia la cena.

Todos salen al bosque en busca de los muchachos. Paul, el chocolatero amigo de León parece el más diestro para la exploración, pero en realidad va tras sus propias satisfacciones, como hace al lanzarse excitado sobre Lola.